

Paul Theroux
MILLROY, EL MAGO



Cuando la pequeña Jilly Farina llega sola a la feria del condado y entra en la carpa donde Millroy, el mago, hace milagros, no puede imaginar hasta qué punto va a cambiar su vida. Fascinada por el mago y sus ojos cambiantes, Jilly le sigue hasta su remolque, donde por fin se siente a la vez maravillada y segura. Millroy le propone que sea su ayudante, enseñarle todo lo que sabe y regalarle un vestido de lentejuelas.

Así empieza su incesante vagabundeo por Estados Unidos, donde Millroy irá pregonando, siempre seguido de Jilly, la narradora, nuevos hábitos alimenticios, inspirados en la Biblia —«el libro de la vida, el libro de la alimentación, el libro de los guisos y los milagros»—, a un país puritano, lleno de reservas y prohibiciones.

Pero llevado por su propio juego y por la fascinación que ejerce sobre los demás, Millroy pasa pronto de mago de feria a la televisión, donde se convierte en líder de un auténtico culto. Sin embargo, le acecha un peligro que el gran mago parece ignorar...

Para Sheila

Yo abrí la boca e hízome él comer el rollo.

Ezequiel, 3, 2

Lo que más le gustaba era desmontar objetos, incluso libros, incluso la Biblia. Decía que la Biblia era como una guía del propietario, un manual de reparaciones de un invento inacabado. También decía que la Biblia era una selva. Según una de las teorías del padre, había partes de la Biblia que nadie había leído, de la misma manera que existían partes del mundo en las que nadie había puesto jamás los pies.

Charlie Fox

I

La feria del condado

1

Tenía que encontrar a mi padre en la feria del condado de Barnstable, y en cierto modo le encontré, aunque no se trataba de Dada. Aborrecía viajar en aquel espantoso autobús desde Mashpee hasta la feria, a pesar de que no tenía que regresar en él. ¿Cómo iba a saber que aquél era mi propio Día Uno y que terminaría de una manera mágica, después de una mañana tan horrible?

Había ido andando desde casa de Gaga, en Marstons Mills, hasta Mashpee, donde Dada vivía con Vera, su india wampanoag, y cuando llegué allí él estaba inconsciente de tan borracho y ella se había ido. Examiné a Dada tendido en el suelo y me aseguré de que no había muerto. Solía emborracharse en su día libre, pero me había prometido que hoy estaría en la feria. Eran las nueve de una calurosa mañana de sábado de julio. El autobús avanzó bamboleándose y pedorreando por el firme destrozado de la carretera. Viajé sentada en el último asiento y tan nerviosa que me chupé el pulgar durante todo el trayecto.

Millroy era el mago de la feria, famoso por hacer que un elefante desapareciera dentro de una caja en el escenario. Lo había visto una vez con Dada y no lo había olvidado. En aquella ocasión invitó a una chiquilla del público, la convirtió en un vaso de leche y se la bebió.

—¡Anda!

Dada soltó un bufido y dijo:

—No es más que un truco, Jilly.

Pero yo seguí pensando: «¡Anda!».

Pasé por delante del Fun-O-Rama, el Trueno, los carteles que decían LAS MARAVILLAS DEL MUNDO y las pancartas que anunciaban MONSTRUOS VIVOS (CERDO CON MANOS Y PIES HUMANOS, NIÑO LOBO), ante el CIRCO FOSKETT, con el payaso Yoyó y *Palomita*, el perro prodigioso, ante los puestos de helados MISTER SOFTEE y SNO KONES, el de CACAHUETES TOSTADOS, el SHOW PORCINO, PASEOS EN ELEFANTE y ¡CHUBBY CHECKER! ¡ESTA NOCHE EN DIRECTO!, hasta llegar a la carpa con la pancarta coloreada del hombre calvo y con mostacho: BELTESHAZZAR, MAESTRO DE LOS MAGOS, es decir, Millroy.

Cuando entré, Millroy alzó la vista en medio de su exhibición de magia y me miró, a mí precisamente entre toda aquella gente, y el color de sus ojos pareció aclararse, pasó del castaño al verde. Luego llegué a conocer bien esa mirada: sus ojos te aferraban y, como él decía, el resto era sencillo. Me senté y volví a meterme el pulgar en la boca.

–Hago magia a la luz del día –estaba diciendo Millroy.

Fue como si me reconociera de la última vez que estuve allí con Dada y en aquella ocasión me hubiera oído exclamar «¡Anda!». La distracción hizo que se le cayera algo, pero él no se inmutó.

–Hoy es mi primer día con mi mano nueva.

De un tirón se arrancó la mano de la manga, la miró con los ojos entornados, volvió a colocarla en su sitio y empezó a hacer juegos malabares con tres objetos diferentes, una bola de bolera, un soplete de propano encendido y una sierra de cadena en funcionamiento, los tres a la vez. Se llenó la boca con cinco pelotas de ping pong, echó la cabeza atrás y las hizo volar a su alrededor antes de tragárselas, todavía haciendo juegos malabares y mirándome.

–¡Estoy haciendo esto sin red!

Jamás nadie me había mirado de aquella manera, y además se inclinaba hacia mí.

–¿Eres Annette? –me preguntó.

La gente se echó a reír.^[1] Yo tenía catorce años, pero aun así era pequeña para mi edad, apenas pasaba de metro y medio, usaba vestidos de la talla dos, aunque nunca me ponía vestidos, y la mayor parte de mis prendas, los tejanos, las camisetas y las zapatillas deportivas, eran de la sección infantil. No tenía ni asomo de senos, mis caderas eran como las de un chico y llevaba el cabello corto. ¿Por qué habría de mirarme nadie?

Al principio me quedé tan pasmada que no oí nada de lo que estaba diciendo. Entonces le vi sacar una bolsa de papel de una vuelta de sus pantalones.

—¿Diríais que tengo bolsas en mis pantalones?

Seguía mirándome fijamente. Era alto y delgado, más calvo que en el retrato de la entrada pero con un mostacho más poblado, de movimientos suaves, y daba una impresión de potencia sin mole, mucha fuerza de voluntad, dominio de la materia, un auténtico mago. Mientras le miraba me pregunté qué le habría sucedido a aquella muchacha a la que se bebió tras convertirla en leche.

Llevaba un traje negro ceñido y botas de montar. Cuando sostenía algo como un naipe o incluso una bola de bolera, lo hacía con las yemas de sus largos dedos. Tenía además la nariz ganchuda, y por su manera de mirarme y enseñarme los dientes parecía como si quisiera darme un mordisco. Había visto que sus ojos cambiaban de color, pero cambiaron de nuevo, se hicieron más pálidos, se convirtieron en los ojos sin párpados de un pájaro y me atravesaron.

Millroy estaba metiendo una gran gallina aleteante en la bolsa de papel, pero yo me concentraba tanto en sus movimientos que no oía sus palabras. La gallina, con las plumas ahuecadas, parecía gorda, pero no nerviosa y estúpida como son generalmente las gallinas, sino que era pausada y simpática, como una vieja amiga. Millroy retorció la parte superior de la bolsa, la punzó y desinfló, hasta que se quedó con unos pedazos de papel en la mano.

—Ésa era *Boobie*, y aquí tenéis un nuevo sentido de la expresión «ser un gallina» —dijo, mirando hacia mí—. Ahora alegremos este sitio.

De su manga surgió un ramo de flores y sacó otro ramillete del bolsillo pectoral. Un ramo más estalló bajo las solapas de la chaqueta. Arregló este último ramo y, mientras aplaudíamos, agitó una cinta de seda entre sus dedos y tiró de ella, un pañuelo de seda atado a otro en una cadena interminable, y mientras seguía tirando de la cinta se arregangaba. ¿De dónde salía aquello? Cuando la pregunta cruzó por mi mente los pañuelos se amontonaban sobre la mesa.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó—. ¿Ese sonido?

Me dirigía esas preguntas, y estuve a punto de hablar porque en aquel momento oí un cloqueo.

—¡Sal de ahí, *Boobie*, gallina china!

Millroy movió las manos sobre la cabeza de una chiquilla sentada en la primera fila y le sacó un huevo de una oreja y otro de la boca.

—Tenemos preocupado a ese pájaro —dijo Millroy.

Todos nos reímos, pero él me miraba directamente. Sin sacar el pulgar de la boca me metí el índice en la nariz. Millroy estaba tan cerca de mí que le veía las gotitas de sudor en la cara y la calva. Temblaba y jadeaba un poco, como si tuviera que emplear la mayor parte de sus fuerzas para llevar a cabo aquella representación de magia.

Volvió a oírse el cloqueo, como palabras monótonas en una lengua extranjera.

—Es curioso —dijo Millroy—. Sube aquí, bonita.

Pinzando suavemente la manita con dos largos dedos de mago, hizo que la chiquilla se levantara y la encaminó al escenario. Tenía unos nueve años, las piernas delgadas y blancas, calcetines caídos y trenzas.

—¿Cómo te llamas, guapa?

—¿Quién, yo?

—Sí, tú que estás ahí con los dientes en la boca.

–Lynette Trumpka.

–Es un nombre precioso, Lynette, pero dime, ¿tienes una gallina escondida en alguna parte?

–Creo que no.

–Sonríe... o, si no puedes sonreír, haz una mueca divertida –le dijo Millroy, pero yo tenía la impresión de que seguía dirigiéndose a mí.

–Estoy mentalizada –dijo la niña, y todo el mundo se echó a reír.

Millroy paseó a Lynette Trumpka alrededor del escenario para que todos pudiéramos ver que llevaba unos tiosos pantaloncitos a media pierna y una camiseta manchada de ketchup por fuera del pantalón.

–Vaya, ¿qué es esto? –dijo Millroy, y le sacó otros dos huevos de las orejas–. ¿Estás segura de que no tienes una gallina en alguna parte?

La pequeña movió negativamente la cabeza.

–Bueno, Lynette, lo has hecho la mar de bien, así que puedes hacer una reverencia.

Mientras ella se inclinaba, Millroy le sacó una agitada gallina de una pernera de sus pantalones. Lynette se puso rígida. Era la gallina a la que él había llamado *Boobie*, la cual aleteó y cloqueó hasta que Millroy la cogió de las patas amarillas. Entonces se relajó y pareció tan voluminosa como un plumero.

–Gordinflona –dijo Millroy.

Hundió los dedos en el plumaje de la gallina *Boobie* y la sopesó en su mano.

–Pero esto me recuerda... –siguió diciendo, y se inclinó hacia mí–. Éste es el país más grande del mundo... eh, voy a rendir un homenaje personal a Estados Unidos al final de la primera parte... pero oídme, ¿no hay algo gravemente erróneo en un país donde los pobres son gordos y los ricos delgados?

Su actitud, con *Boobie* en la mano y concentrado, como si estuviera pensando intensamente, le hacía parecer

más serio que ridículo, y lo que acababa de decir era una verdadera pregunta sin una respuesta fácil. Pero ¿qué tenía que ver eso con la magia?

—Os estáis preguntando qué tiene que ver esto con la magia —nos dijo—, y la respuesta es... —la gallina le interrumpió, cloqueando una palabra de dos sílabas—... exacto, *Boobie*, too-do.

Dio al ave unos granos de maíz y tragó saliva mientras la gallina los picoteaba en su palma.

—Desde luego, esto me abre el apetito —dijo, acercándose a un hombre sentado en la primera fila—. Me iría muy bien una empanada de pollo en este momento, y aquí está el pollo. —Sonrió al hombre y le dijo—: Usted es Kenneth Lesh de Hatchville y tengo necesidad de sus zanahorias, sus nabos y su sombrero.

El hombre se llevó tal sorpresa al oír que Millroy pronunciaba su nombre completo que se levantó, aturdido, y se llevó la mano al sombrero, el cual no era más que una vieja gorra de campesino con la inscripción PIENSOS WIRTH-MORE en la parte frontal, al tiempo que Millroy le extraía una zanahoria de una oreja, un nabo de la otra y finalmente le quitaba la gorra. Antes de que el hombre pudiera protestar, Millroy metió en ella la gallina, las verduras y dos de los huevos que Millroy había conseguido de la pequeña Lynette Trumpka. Estos últimos los rompió y echó a la gorra la cáscara junto con el viscoso contenido. De su puño cerrado brotó un chorro de leche, y chascando los dedos produjo un espolvoreado de harina.

—Harina blanqueada y azúcar refinado —dijo—. Y no olvidemos una pizca de sal y un trozo de mantequilla. Es una receta norteamericana.

Entretanto, la gorra no dejaba de debatirse y cloquear.

—Ahora vamos a cocinarlo.

Una cerilla se encendió entre sus dedos y la echó adentro.

Todos nos reíamos mientras el campesino de la primera fila, Kenneth Lesh, si ése era su nombre verdadero, parecía malhumorado por su gorra echada a perder y su humillación.

Millroy deslizó los dedos a lo largo de la gorra, le dio la vuelta sobre la mesa y al levantarla había una succulenta y humeante empanada de pollo. Metió una cuchara a través de la corteza y la sacó llena de trocitos de carne, grasa go-teante y jirones de amarillenta piel de pollo.

—He aquí la muerte en una cuchara —dijo. Cerró la mano sobre ella y cuando flexionó y abrió los dedos había desaparecido.

Nos reímos mucho, pero no sé por qué, puesto que no relacionábamos eso con nada de lo que había dicho antes. En cuanto a la gorra, estaba vacía y limpia. Nos enseñó la parte interior, para que viéramos que no había sufrido ningún daño, y se la devolvió al perplejo campesino. Pero ¿adónde había ido aquella gallina cloqueante?

—Todavía tengo apetito —dijo Millroy, y extrajo una espada de la parte superior de sus pantalones—. ¿Comprendéis?

Era una espada auténtica, más o menos de un metro de largo, la hoja afilada y brillante, plateada y dorada, con una borla que colgaba de la empuñadura. Millroy la blandió y propinó un tajo a una pata de la mesa, cortando una astilla del tamaño de una galleta. Entonces me miró, y yo le devolví la mirada con el pulgar en la boca y el puño en mi cara.

—Ésta es una manera de incorporar hierro a tu organismo.

Gargarizó, echó la cabeza atrás y se introdujo la hoja entera en la boca, empujando hasta que la empuñadura quedó detenida contra los dientes. Seguía con la cabeza atrás y el vientre salido. Se desabrochó la chaqueta negra y la camisa e hizo oscilar un dedo a la altura de la punta de la espada, que presionaba contra su vientre justo por de-

bajo del esternón. Yo esperaba a medias que la punta de la espada apareciera a través de la piel.

Cuando se sacó la espada de la boca, los aplausos del público fueron más fuertes que nunca. Alzó la mano, pidiendo silencio, y todos, por respeto, guardamos silencio.

—Todavía estoy muy hambriento —dijo Millroy, y aplicó una cerilla encendida a un platillo que estaba sobre la mesa. Al instante se alzaron unas llamas que parecían de antorcha.

Utilizando unas tenazas, se llevó a la boca esponjas en llamas y las mordisqueó, luego encendió una antorcha y masticó las llamas. El humo y el fuego surgían de su boca y parecía que su mostacho se estaba chamuscando. Sudaba, le brillaba la calva, tenía los ojos enrojecidos a la luz del fuego. Yo había visto cómo había engullido aquella larga espada, y ahora veía que eran llamas auténticas las que se estaba comiendo, y estaba lo bastante cerca para notar el calor.

Pronto se terminó el fuego... Millroy se lo había comido todo. Produjo un chasquido con los labios, como si hubiera terminado de comer, y dijo:

—Delicioso, y mejor para vosotros que ciertas cosas que podría nombrar. Pero comer fuego da sed.

Abrió la mano y mostró una jarra llena de agua.

—¿Os acordáis de las bodas de Caná, el primer milagro, según Juan? Mirad atentamente.

Sin dejar de mirarme, pero ahora con cierta suspicacia, como si yo llevara puesta alguna prenda suya, vertió agua en un vaso y, mientras caía, el líquido adquirió el color del vino tinto.

—Pero tan sólo para mostraros que no soy un patán capaz de un solo truco, he aquí una variación que Juan no mencionó —dijo Millroy—. Es posible que Jesús no lo conociera, o tal vez todavía estaba trabajando en su técnica.

Ahora sostenía una jarra llena de vino tinto, parte del cual vertió en un vaso vacío. El líquido se volvió transpa-

rente e incoloro.

–Vino en agua... una idea mucho mejor en estos tiempos en que tanto se abusa del alcohol.

Dejó jarras y vasos a un lado. Sonrió al recibir nuestros aplausos. Puso un cuadrado de cristal sobre la mesita, lo golpeó con los nudillos y depositó encima una pecera circular de cristal, haciéndola girar ligeramente. Añadió al agua de la pecera el vino tinto de la segunda jarra y luego cubrió minuciosamente la parte superior de la pecera con plástico adherente. Agitó el líquido rojo para demostrar que el recipiente estaba herméticamente cerrado, y al moverse en la pecera el agua y el vino mezclados ofrecían el aspecto de vetas fluctuantes, como si hubiera una bandera sumergida.

Millroy volvió a arremangarse. La mera visión de su brazo musculoso pareció ser el anuncio de que algo grande estaba a punto de suceder, y así fue. Atravesó el plástico con el brazo desnudo, sacó un trozo de sedosa serpentina y siguió tirando de ella hasta que tuvo docenas de metros de una serpentina de un metro de anchura. Aplaudimos como locos.

Pero no había terminado. Sonó la música de *Barras y estrellas para siempre* mientras volvía a meter la mano en la pecera y sacaba una serie de estandartes que acabaron por formar una enorme bandera americana, que colgó al fondo del escenario. Aquella patriótica estameña cubrió la pared que hasta entonces sólo había sido un espacio vacío. Entonces metió la mano entre los pliegues de la gran bandera y, empleando ambos brazos, sacó un águila calva viva, a la cual alzó para que todos la viéramos.

Nuestros fuertes aplausos ahogaron la música, pero Millroy no parecía oírlos. Tenía un aspecto majestuoso, sujetando el águila aleteante, y se volvió hacia mí. Mirándome con la fijeza de antes, se inclinó hacia el lugar donde me encontraba en la segunda fila.

Al quitarme el pulgar de la boca hice un sonido como el de un corcho extraído de una botella.

Incluso entre el griterío del público, su voz sonó clara cuando dijo:

–Quiero comerte.

Así pues, me quedé para ver la segunda parte de su espectáculo.